Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

SOLUCION / Pág. 4

				B	R
3	2	5		4	0
3	9	0	5	2	0
3	0	1	5	2	0
3	4	2	9	2	0
8	3	2	7	1	1

UN HIJO ATRAS DE OTRO



Página/2/3

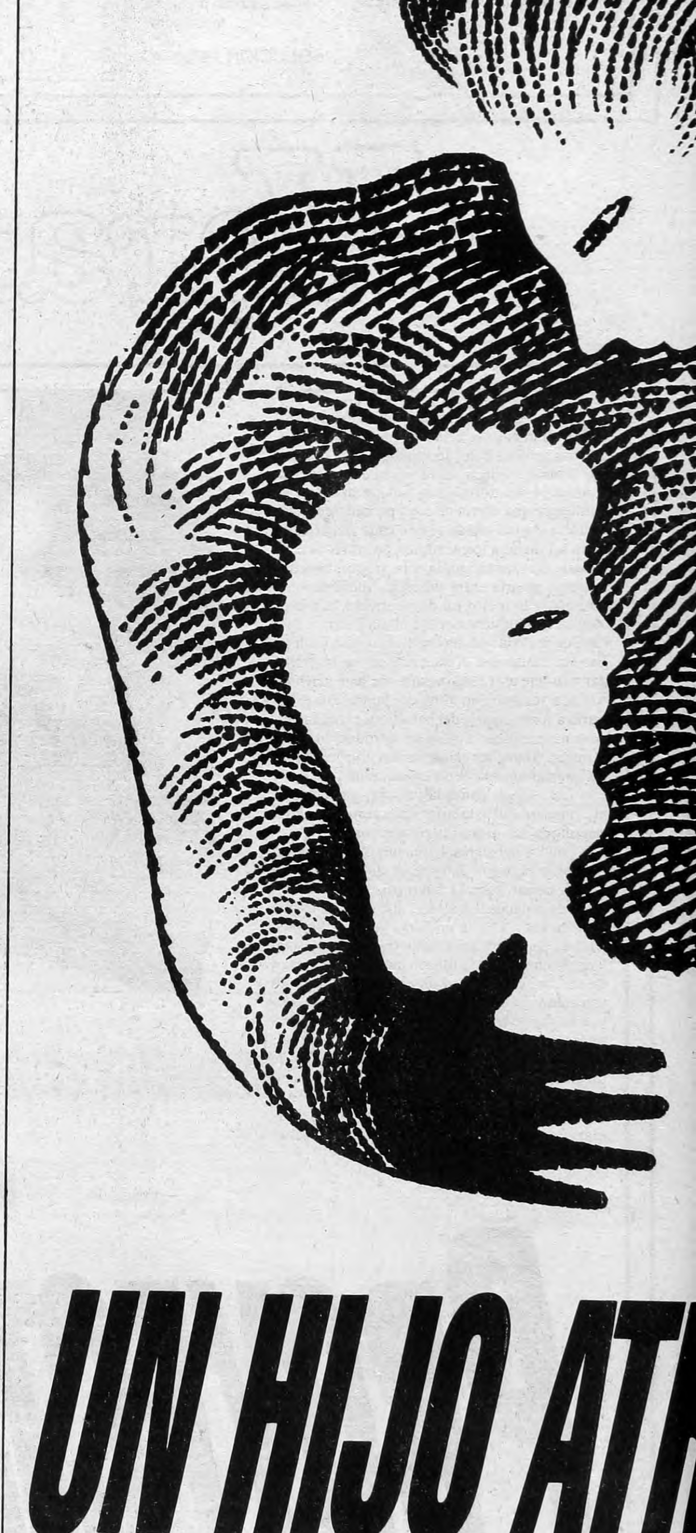
Verano 92

(Por Juan José Millás) Los armarios empotrados y las heladeras deberían funcionar a la manera de los terminales de un ordenador central; es decir, cada vez que uno abriera el armario del dormitorio debería aparecer en su interior una oferta de ropa procedente de un armario central desde el que cada día se expidiera un menú a los armarios de las redes periféricas. De este modo, la ropa disponible en el universo rotaría entre todos los individuos. O sea, que a lo mejor un día te tocaba la misma camisa que hubiera llevado el día anterior Mario Conde. O la sudada camiseta de Gorbachov. Eso sin contar con lo excitante que sería ver llegar a tu jefe al trabajo vestido de *hare krishna*.

Cada vez que uno adquiere un traje, éste entraría a formar parte del patrimonio común desde el mismo momento de ser introducido en un armario. Todos los armarios del universo mundo estarían secretamente conectados a través de una fibra ciega, como la justicia, que enviaría al armario central la información ropera almacenada en los armarios periféricos.

Y con las heladeras, lo mismo. A lo mejor un día abrías el frigorífico y te encontrabas con un kilo de caviar iraní. O con media docena de yogures desnatados. La cosa es que no tuvieras que salir de casa. O que pudieras hacerlo también a través de los armarios empotrados o de las heladeras, aunque esto último implicaría el riesgo de ser confundido con un alimento. Porque tú te meterías en el armario empotrado de tu cuarto y, a través de la fibra ciega, podrías llegar, después de ser procesado por el armario central, al de tu carnicero, por ejemplo. Podríamos ir de un armario de Madrid a uno de Moscú, haciendo transbordo en otro de tres cuerpos de Estocolmo. La cosa sería no tener que salir del armario, que es donde vamos a pasar algunos el '92.

PROYECTO



UN HIJO ATR

Claudio Zeiger nació en Buenos Aires en 1964. Actualmente trabaja en Página/12 y escribe relatos que, como el que se publica a continuación, no forman parte de un futuro libro de cuentos. Salvo que Dios proponga y el editor disponga...

Por Claudio Zeiger

Ahora me doy cuenta de que anoche mi hija usó las mismas armas que yo tantas veces usé. De lo que no me di cuenta hasta anoche es que ella las había aprendido a usar, y bien.

Me abrió la puerta y sin darme casi tiempo a mirar el comedor me encerró en la cocina. Apenas si pude echar un vistazo al colchón en el piso con el cubrecama naranja que le compré hace diez años, y vi plantas. Mi hija se mudó hace diez días a un departamento de un ambiente con cocina separada y baño completo, así decía el aviso, y completo (escuchen bien) quiere decir inodoro, lavatorio y una ducha con la bañadera pequeña que trae el bidet incorporado, no sé cómo le dicen. Mi hija se fue a vivir sola a ese departamento.

—No vas a poder tomar los baños de inmersión que te dabas en casa —le dije y juro que se lo dije bien, con una sonrisa, pero ella ni me contestó ni me sonrió. Recién después, mientras estábamos hablando de otra cosa, me dijo que igual podía venir a casa para darse un baño con sales. Claro, le dije, por supuesto, cómo no vas a poder venir. Pero vuelvo a lo de la cocina.

Ella estaba cocinando para mí. Pero enseguida me di cuenta que lo que yo siempre entendí por cocinar no es lo que Mariana entiende por cocinar.

Para mí cocinar es ir primero a comprar los alimentos eligiendo, después desparramar todo sobre la mesa, dejar que se mezclen y que la cocina se llene de olores, jugar con las medidas, cocinar de memoria con lo que una sabe y aprendió. Se pueden usar recetas, pero siempre hay que ensayar algo nuevo.

Pero me parece que para mi hija cocinar es abrir muchas latas, abrir y cerrar muchas veces la heladera, poner y sacar del fuego una olla enorme donde adentro hierve dos huevos duros. Estaba lo del horno, es cierto, pero en casa, nuestra casa, ella nunca cocinó. A veces, a lo sumo hizo una torta para algún cumpleaños de Gustavo. Y sin embargo en el horno tenía preparada una sorpresa, un gesto cálido, me parece, porque es algo que a mí me gusta mucho. Le pregunté:

—¿Y qué me estás cocinando si se puede saber?

—Estoy haciendo knishes de papa y una ensalada jardinera. Los knishes están en el horno. A la jardinera, que vos siempre te resististe a comprar pero te la recomiendo, es barata y no tenés que andar hirviendo ni papas ni zanahorias, le agrego los huevos duros y mayonesa ¿ves? Es como una ensalada rusa.

Me mostró el bol de plástico con todo preparado y me miró fijo:

—Ahora me tenés que preguntar: ¿y de comer qué hay?

Ella se rió de su propio chiste (como hace Mauricio) y después me dijo que había comprado duraznos en almíbar de postre, pero que pensaba bajar a comprar helado y servirlo todo junto.

Tengo que reconocer, los knishes estaban muy ricos, lo único, que les faltaba un poquito de sal, igual no le dije nada porque ella siempre me dice que cocine sin mucha sal, que hay que agregársela después y no es lo mismo. ¿Tenía yo derecho a echárselo en cara, entonces?

Cuando en la cocina todo estuvo en marcha me preguntó que qué me parecía el departamento. Le contesté la verdad. "Hijita, ni siquiera me diste tiempo a mirarlo." Se sonrió, creo que por primera vez, porque antes había largado la risa pero sin sonreír.

—Bueno, fijate, no es un palacio. En un minuto me podés decir si te gusta.

Es un lindo departamento, no voy a decir que no. El edificio no parece ruidoso, pero no me van a convencer y se lo dije. Que está muy bien pero que no es lo que yo entiendo por una vivienda, sea casa o departamento. Un hogar, aunque sea el hogar de una sola persona. Nadie puede vivir mucho tiempo en un lugar tan chico sin ponerse mal, sin sentir ganas de salir a correr a una plaza como una loca, y oler flores, mirar verde.

—Voy a caminar al parque cuando hay sol. Está a tres cuadras —dijo.

Tiene el colchón con el cobertor naranja que le compré cuando se pasó a su propio cuarto —una habitación sólo para ella— a los quince años, en el departamento anterior, el de Salguero, y una mesita ratona con mimbre. Tiene muchas plantas en el piso, unos potus muy lindos, y entre los potus puso el grabador y tiene varios casetes tirados.

—¿Pero tienen sol, luz?

—¿Qué?

—Las plantas.

—Las pongo acá en la cocina y les da luz toda la mañana y la tarde, hasta las cuatro.

Entonces se agachó para acomodar un poco el desorden de las plantas y los casetes desparramados, y de paso juntaba con la mano unas pelusas que iba desprendiendo de la alfombra. Así, mientras estaba agachada, mi hija me pareció frágil, y no porque yo piense que no duerme bien de noche o que no se alimenta como corresponde. Parecía frágil, no sé, inocente, como para enfrentar la vida con un potus en la mano.

Comimos y en vez de traer el helado fuimos a comerlo afuera. Después me acompañó a la parada del colectivo y nos despedimos abrazándonos como si no nos fuéramos a ver por mucho tiempo. Ella me miró fijo mientras me soltaba los brazos y dijo, creo que dijo, "Gustavo".

En el colectivo logré contenerme. Una mujer más o menos de mi edad me preguntó la hora y después nos pusimos a charlar un poco. Yo no tenía ganas de hablar, pero no era amable mirar por la ventanilla si la señora esa sí tenía ganas de hablar.

Pero cuando llegué a casa no pude más y antes de que me viera Mauricio me encerré en el baño, tiré la cartera sobre la tapa del inodoro y lloré mucho, muy bajito, un rato largo. No podía parar, tenía tristeza.

Creo que lloré no tanto por temor a lo que pueda pasarle a mi hija viviendo sola, sino por temor a perderla. Es un miedo real, y para entenderlo me hace falta ir para atrás y recordar algunas cosas que dijimos hasta que ella se fue del todo. Hace falta recordar lo que dije de... mi hijo. Pero vuelvo un momento a lo del baño.

Tardé como un cuarto de hora en salir. Mauricio estaba en el dormitorio leyendo un libro. Me había escuchado llegar.

—Quince minutos en el baño, Perla. Decime. ¿Qué te dio de comer nuestra hija? —me dijo cuando me vio.

Nos quedó en casa el varón, que es dos años menor que Mariana. A mí no deja de llamarme la atención que la primera en irse de casa haya sido Mariana, aunque claro, depende de cómo lo vea una.

Si una se fija que ella es la mayor, es lógico. Los hijos mayores son los primeros en irse, generalmente porque se casan primero. Pero además de ser mayor es la mujer, y esto puede llegar a traer algunas complicaciones a la familia. Ni Mauricio ni yo la quisimos presionar pero los dos, cada uno a su manera y sobre todo yo, se lo dimos a entender.

No le dije nada directamente, pero a Mariana quise darle a entender tres cosas:

—¿Qué necesidad tenés de irte? Acá tenés todas las comodidades. Tu novio (Pablo) se queda a dormir cuando quiere. Duerme en tu pieza, desayunamos todos juntos. ¿Alguna vez le dimos a entender algo, le hicimos sentir molestia, le demostramos poco afecto?

—Entiendo todos tus planteos de independencia, pero vos podías tranquilamente realizarlos en casa. O vos, que sos tan lúcida y estudiás psicología, ¿reducís la independencia a tener un departamento alquilado?

—No es justo, en el fondo, que te vayas de casa antes que tu hermano. El es menor pero es el varón. Tiene derecho a disfrutar de su independencia. Tu actitud, en el fondo, revela cierto egoísmo. Un egoísmo que ni tu padre ni yo te inculcamos. Tu hermano tampoco es egoísta. Vos te separás de la familia y a él lo dejás en una situación muy difícil. Porque él sabe que por ahora no puede irse de nuestro lado sin destrozarnos para siempre las vidas. ¿Qué va a ser de él?

Ahora que pienso me doy cuenta que fueron mucho más que "tres cosas" las que le quise dar a entender, y todas fueron discutidas en medio de una conversación larguísima que tuvimos tres semanas antes de que se fuera, ella y yo a solas. No diría que fue una charla mala, pero ella ya estaba muy decidida, muy cerrada, y no quería saber nada con argumentos razonables, ni con pedidos de postergar la decisión para más adelante como se lo pedí entre líneas. Me dice en un momento, molesta, con su tonito:

—¿Vos qué es lo querés decirme, mamá?

—Nada, no quiero decirte nada en especial. En todo caso quiero decirte que te fijes muy bien, que midas los pasos que vas a dar. ¿Los mediste bien?

—No.

—¿Ah, no? —no supe qué contestar y entonces le dije: ¿en serio que no?

Ella se estaba poniendo difícil, negativa.

—Quiere decir que te vas por pura rebeldía. Pero quiero saber algo, te lo voy a pre-

UN HIJO ATRAS DE OTRO

Por Claudio Zeiger

Claudio Zeiger nació en Buenos Aires en 1964. Actualmente trabaja en Página/12 y escribe relatos que, como el que se publica a continuación, no forman parte de un futuro libro de cuentos. Salvo que Dios proponga y el editor disponga...

Ahora me doy cuenta de que anoche mi hija usó las mismas armas que yo tantas veces usé. De lo que no me di cuenta hasta anoche es que ella las había aprendido a usar, y bien.

Me abrió la puerta y sin darme casi tiempo a mirar el comedor me encerró en la cocina. Apenas si pude echar un vistazo al colchón en el piso con el cubrecama naranja que le compré hace diez años, y vi plantas. Mi hija se mudó hace diez días a un departamento de un ambiente con cocina separada y baño completo, así decía el aviso, y completo (escuchen bien) quiere decir inodoro, lavatorio y una ducha con la bañadera pequeña que trae el bidet incorporado, no sé cómo le dicen. Mi hija se fue a vivir sola a ese departamento.

—No vas a poder tomar los baños de inmersión que te dabas en casa —le dije y juro que se lo dije bien, con una sonrisa, pero ella ni me contestó ni me sonrió. Recién después, mientras estábamos hablando de otra cosa, me dijo que igual podía venir a casa para darse un baño con sales. Claro, le dije, por supuesto, cómo no vas a poder venir. Pero vuelvo a lo de la cocina.

Ella estaba cocinando para mí. Pero enseguida me di cuenta que lo que yo siempre entendí por cocinar no es lo que Mariana entiende por cocinar.

Para mí cocinar es ir primero a comprar los alimentos eligiendo, después desparramar todo sobre la mesa, dejar que se mezclen y que la cocina se llene de olores, jugar con las medidas, cocinar de memoria con lo que una sabe y aprendió. Se pueden usar recetas, pero siempre hay que ensayar algo nuevo.

Pero me parece que para mi hija cocinar es abrir muchas latas, abrir y cerrar muchas veces la heladera, poner y sacar del fuego una olla enorme donde adentro hierve dos huevos duros. Estaba lo del horno, es cierto, pero en casa, nuestra casa, ella nunca cocinó. A veces, a lo sumo hizo una torta para algún cumpleaños de Gustavo. Y sin embargo en el horno tenía preparada una sorpresa, un gesto cálido, me parece, porque es algo que a mí me gusta mucho. Le pregunté:

—¿Y qué me estás cocinando si se puede saber?

—Estoy haciendo knishes de papa y una ensalada jardinera. Los knishes están en el horno. A la jardinera, que vos siempre te resististe a comprar pero te la recomiendo, es barata y no tenés que andar hirviendo ni papas ni zanahorias, le agrego los huevos duros y mayonesa ¿ves? Es como una ensalada rusa.

Me mostró el bol de plástico con todo preparado y me miró fijo:

—Ahora me tenés que preguntar: ¿y de comer qué hay?

Ella se rió de su propio chiste (como hace Mauricio) y después me dijo que había comprado duraznos en almíbar de postre, pero que pensaba bajar a comprar helado y servirlo todo junto.

Tengo que reconocer, los knishes estaban muy ricos, lo único, que les faltaba un poquito de sal, igual no le dije nada porque ella siempre me dice que cocine sin mucha sal, que hay que agregársela después y no es lo mismo. ¿Tenía yo derecho a echárselo en cara, entonces?

Cuando en la cocina todo estuvo en marcha me preguntó que qué me parecía el departamento. Le contesté la verdad. "Hijita, ni siquiera me diste tiempo a mirarlo." Se sonrió, creo que por primera vez, porque antes había largado la risa pero sin sonreír.

—Bueno, fijate, no es un palacio. En un minuto me podés decir si te gusta.

Es un lindo departamento, no voy a decir que no. El edificio no parece ruidoso, pero no me van a convencer y se lo dije. Que está muy bien pero que no es lo que yo entiendo por una vivienda, sea casa o departamento. Un hogar, aunque sea el hogar de una sola persona. Nadie puede vivir mucho tiempo en un lugar tan chico sin ponerse mal, sin sentir ganas de salir a correr a una plaza como una loca, y oler flores, mirar verde.

—Voy a caminar al parque cuando hay sol. Está a tres cuadras —dijo.

Tiene el colchón con el cobertor naranja que le compré cuando se pasó a su propio cuarto —una habitación sólo para ella— a los quince años, en el departamento anterior, el de Salguero, y una mesita ratona con mimbre. Tiene muchas plantas en el piso, unos potus muy lindos, y entre los potus puso el grabador y tiene varios casetes tirados.

—¿Pero tienen sol, luz?

—¿Qué?

—Las plantas.

—Las pongo acá en la cocina y les da luz toda la mañana y la tarde, hasta las cuatro.

Entonces se agachó para acomodar un poco el desorden de las plantas y los casetes desparramados, y de paso juntaba con la mano unas pelusas que iba desprendiendo de la alfombra. Así, mientras estaba agachada, mi hija me pareció frágil, y no porque yo piense que no duerme bien de noche o que no se alimenta como corresponde. Parecía frágil, no sé, inocente, como para enfrentar la vida con un potus en la mano.

Comimos y en vez de traer el helado fuimos a comerlo afuera. Después me acompañó a la parada del colectivo y nos despedimos abrazándonos como si no nos fuéramos a ver por mucho tiempo. Ella me miró fijo mientras me soltaba los brazos y dijo, creo que dijo, "Gustavo".

En el colectivo logré contenerme. Una mujer más o menos de mi edad me preguntó la hora y después nos pusimos a charlar un poco. Yo no tenía ganas de hablar, pero no era amable mirar por la ventanilla si la señora esa sí tenía ganas de hablar.

Pero cuando llegué a casa no pude más y antes de que me viera Mauricio me encerré en el baño, tiré la cartera sobre la tapa del inodoro y lloré mucho, muy bajito, un rato largo. No podía parar, tenía tristeza.

Creo que lloré no tanto por temor a lo que pueda pasarle a mi hija viviendo sola, sino por temor a perderla. Es un miedo real, y para entenderlo me hace falta ir para atrás y recordar algunas cosas que dijimos hasta que ella se fue del todo. Hace falta recordar lo que dije de... mi hijo. Pero vuelvo un momento a lo del baño.

Tardé como un cuarto de hora en salir. Mauricio estaba en el dormitorio leyendo un libro. Me había escuchado llegar.

—Quince minutos en el baño, Perla. Decime. ¿Qué te dio de comer nuestra hija? —me dijo cuando me vio.

Nos quedó en casa el varón, que es dos años menor que Mariana. A mí no deja de llamarme la atención que la primera en irse de casa haya sido Mariana, aunque claro, depende de cómo lo vea una.

Si una se fija que ella es la mayor, es lógico. Los hijos mayores son los primeros en irse, generalmente porque se casan primero. Pero además de ser mayor es la mujer, y esto puede llegar a traer algunas complicaciones a la familia. Ni Mauricio ni yo la quisimos presionar pero los dos, cada uno a su manera y sobre todo yo, se lo dimos a entender.

No le dije nada directamente, pero a Mariana quise darle a entender tres cosas:

—¿Qué necesidad tenés de irte? Acá tenés todas las comodidades. Tu novio (Pablo) se queda a dormir cuando quiere. Duerme en tu pieza, desayunamos todos juntos. ¿Alguna vez le dimos a entender algo, le hicimos sentir molestia, le demostramos poco afecto?

—Entiendo todos tus planteos de independencia, pero vos podías tranquilamente realizarlos en casa. O vos, que sos tan lúcida y estudiás psicología, ¿reducís la independencia a tener un departamento alquilado?

—No es justo, en el fondo, que te vayas de casa antes que tu hermano. El es menor pero es el varón. Tiene derecho a disfrutar de su independencia. Tu actitud, en el fondo, revela cierto egoísmo. Un egoísmo que ni tu padre ni yo te inculcamos. Tu hermano tampoco es egoísta. Vos te separás de la familia y a él lo dejás en una situación muy difícil. Porque él sabe que por ahora no puede irse de nuestro lado sin destrozarnos para siempre las vidas. ¿Qué va a ser de él?

Ahora que pienso me doy cuenta que fueron mucho más que "tres cosas" las que le quise dar a entender, y todas fueron discutidas en medio de una conversación larguísima que tuvimos tres semanas antes de que se fuera, ella y yo a solas. No diría que fue una charla mala, pero ella ya estaba muy decidida, muy cerrada, y no quería saber nada con argumentos razonables, ni con pedidos de postergar la decisión para más adelante como se lo pedí entre líneas. Me dice en un momento, molesta, con su tonito:

—¿Vos qué es lo querés decirme, mamá?

—Nada, no quiero decirte nada en especial. En todo caso quiero decirte que te fijes muy bien, que midas los pasos que vas a dar. ¿Los mediste bien?

—No.

—¿Ah, no? —no supe qué contestar y entonces le dije: ¿en serio que no?

Ella se estaba poniendo difícil, negativa.

—Quiere decir que te vas por pura rebeldía. Pero quiero saber algo, te lo voy a preguntar directamente, a esta altura... ¿Te vas por culpa mía o de papá?

—No.

—¿Te vas mal con nosotros?

—No.

—¿Querés ser independiente?

Me puso una mano sobre los labios, muy suave.

—Ya sé lo que me vas a decir.

—¿Qué es lo que te voy a decir?

—Que acá tengo independencia y puedo hacer lo que quiero y todo eso.

—"Todo eso" es importante. ¿Cuántas de tus amigas pueden llevar el novio a dormir a la casa, y después desayunamos todos juntos?

—Todas no, pero varias sí.

—Varias, y vos sos una de ellas... hasta si me decís que querés tener un departamento chico para vos sola, te lo entiendo. ¡Muy bien lo entiendo!, porque yo nunca lo tuve. Cuando me fui de casa fue para casarme. Son otros tiempos, ya sé. Te lo admito si me decís quiero un departamento para que pueda estudiar, y pintar, y tener un lugar para revelar tus fotos y si me decís quiero hacer reuniones con amigas y estar con Pablo todo el tiempo solos, también lo entiendo.

—Pablo no tiene nada que ver en esto.

—Me gustaría saber qué opina Pablo, se debe sentir muy mal que digas algo así. Pero en fin, estamos hablando vos y yo, y no me digas que no podés dormir más bajo el mismo techo que tu padre y yo porque querés ser independiente.

A esa altura de la conversación creo que ella decidió romper los canales de comunicación porque no tenía más argumentos para defender su posición. Entonces agredió.

—¡No te burles!

—No, hijita, no me burlo.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

Así estuvimos dos horas, dando vueltas, sin llegar a nada, porque ella estaba muy decidida a seguir adelante y solamente gritaba.

Tampoco quiso entender el daño que le iba a hacer a Gustavo, el hermano que tanto quiere y al que ahora enceguecida le pasa por arriba sin siquiera medir cuánto puede llegar a perjudicarlo, porque está hecha una aplanadora defensora de la independencia de la mujer.

(A solas, cuando estoy muy sola, y últimamente estoy muy sola, y cuando estoy afuera de casa, no tolero estar en casa, cuando voy caminando por la calle, lo puedo pensar: tengo miedo de que Gustavo sea homosexual.

Sé lo que dirían todos: mi amiga Aída, Mauricio, Mariana también. ¿Qué motivos tenés para pensar algo así?, dirían. Pero por favor no se me tiren encima. Escuchen.

¿No estás yendo muy lejos, imaginando cosas? A ver a ver. No tiene una novia fija pero sale con chicas. Te consta. Vos misma conociste a una o dos.

Es cierto. Pero sólo reconoció que era noviecito de una de las dos. A la otra la presentó como a una amiga.

No es amanerado, al contrario. Gustavo es muy varonil.

Es cierto, pero ¿no es demasiado varonil?

En ese caso, puede ser que disimule. Y si disimula mostrándose demasiado varonil —yo sé que esto es terrible pero hay que ir hasta el fondo cuando se quiere enfrentar la verdad, porque no hay nada peor que vivir engañado— esas chicas con las que sale también pueden ser una manera de disimular. Puede tener una doble vida. No tengo pruebas ni pienso salir a buscarlas, pero algo me dice en el corazón, no que sea homosexual, pero de lo que tengo miedo es de que sea indefinido. Si Mariana se va de casa, y creo inevitable que se vaya de casa, ya no tengo más fuerza para sostener la batalla sin la ayuda de Mauricio, sola, no sé muy bien por qué pero tengo la impresión de que Gustavo al final va a inclinarse para el lado... equivocado. Por lo menos si Mauricio no quiere ver la realidad, necesito de la ayuda de Mariana.

Además, ahora que lo pienso mejor, hay una prueba. No estoy segura del todo pero creo que todavía se masturba. Nunca lo vi, pero una madre *sabe* si su hijo se masturba. El no tendría que hacerlo, y si lo hace es porque puede tener algún problema con las chicas.

Una vez Mauricio, me acuerdo, me dijo orgulloso que él dejó de masturbarse a los 14 años. En ese momento me pareció un alarde de su parte, una fanfarronada y hasta una barbaridad que un chico de quince años ya tuviera entendimiento sexual. Ahora me doy cuenta cuánto mejor es así. Mariana tiene que ayudarme a ayudar a su hermano.)

Y lo dejé deslizar casi al final de una conversación, no la de hace tres semanas, una que tuvimos un poco después caminando por la calle, hasta que entramos a tomar unas gaseosas en una confitería.

Ahora ya no sé por qué Mariana aceptaba tener tantas conversaciones conmigo si estaba tan decidida a todo, pero las aceptaba. Incluso me buscaba mucho esos días antes de irse. Lo dije con un tacto enorme, con delicadeza, hasta di vueltas como una oradora, pero ella se puso como loca, enseguida opinó que "estás diciendo un disparate, mamá, un dis-pa-ra-te. Ni se te ocurra decirle nada porque lo vas a matar".

Pero aunque ahora ella lo niegue, yo no dejé de escuchar —no estoy loca— que agregó: "Y si en último caso fuera gay..."

—Homosexual —hasta me acuerdo que la corregí.

—Bueno, gay se dice. Si fuera lo que fuera, qué tengo que ver yo. ¿Qué ganaría quedándome?

—¿Ves? A vos tampoco te parece descabellado.

—Por favor —le temblaba el vaso en la mano, de los nervios.

—Yo no digo que sea homosexual, Mariana. Digo que puede estar un poco indefinido.

—¿Indefinido? ¡Qué palabra de mierda!

—No importa la palabra, Mariana. Importa la realidad. Si te quedás podés ayudarlo.

Entonces ella me miró y yo me voy a acordar de la expresión de su cara para siempre.

—Mamá. Te estás volviendo loca.

Entonces pasó una semana y ella se fue, y pasaron como diez días o más y después fui a visitarla, y cuando vuelvo a casa Mauricio actúa como si todo estuviera igual, o más o menos bien, o como si todo diera lo mismo. Estamos solos, y desde que Mariana se fue, Gustavo casi nunca está en casa. Ni tengo que decir cuántas veces por día imagino la posibilidad de que Mariana haya hablado con su hermano. ¿A qué no sabés que piensa mamá de vos? Muchas veces Gustavo ni vuelve a dormir. Avisa, eso sí.

En lo que a mí respecta me doblé un tobillo haciendo gimnasia, me tuve que apoyar en Aída hasta llegar al vestuario, sentarme y ponerme hielo. Y ahora me doy cuenta de que me lo torcí a propósito, para tener una excusa, no hacer gimnasia y quedarme encerrada a engordar.

Me puse a llorar y Aída pensó que era por el dolor del tobillo hasta que me vio llorar mucho más fuerte y se dio cuenta que me pasaba algo por la cabeza, no en la pierna. Después sentí el impulso de hablarle pero no pude, en realidad porque ella empezó a vivir su propio problema con uno de sus hijos.

Aída es la amiga que me regaló el libro de Kundera, *La insoportable levedad del ser*, para mi último cumpleaños (chiste de Mauricio: desde ese día la llama Aída la insoportable). Bueno, ahora ella entró en una depresión profunda desde que el hijo mayor le anunció que para el próximo verano se va a vivir a Israel. El marido de Aída está orgulloso y ella se peleó también con el marido, sin que el hijo lo sepa.

Mauricio también está en medio de una depresión profunda pero ni siquiera se da cuenta. Sigue haciendo chistes frente al televisor como el de Aída la insoportable, esa clase de bromas que ni él mismo se festeja ya. El otro día me sorprendió levantando la cabeza del diario para decir:

—Hicimos el viaje a Miami cuando los chicos eran muy chicos. Tendríamos que haberlo hecho más adelante. Hace poco.

—¿Hubieran cambiado las cosas? —le pregunté, pero la verdad sin entender muy bien qué había querido decir, ni si pensaba de Gustavo lo mismo que yo llegué a pensar.

Miró un rato largo el techo y al final contestó "no sé". El tampoco entiende mucho se ve.

Otro día me dijo:

—Voy a ir a visitar el departamento de Mariana, sabés, pero cuando quiera yo, no cuando me invite ella. Un día llamo y le digo que voy.

Pero hasta ahora, salvo que lo haya hecho a escondidas, no fue.

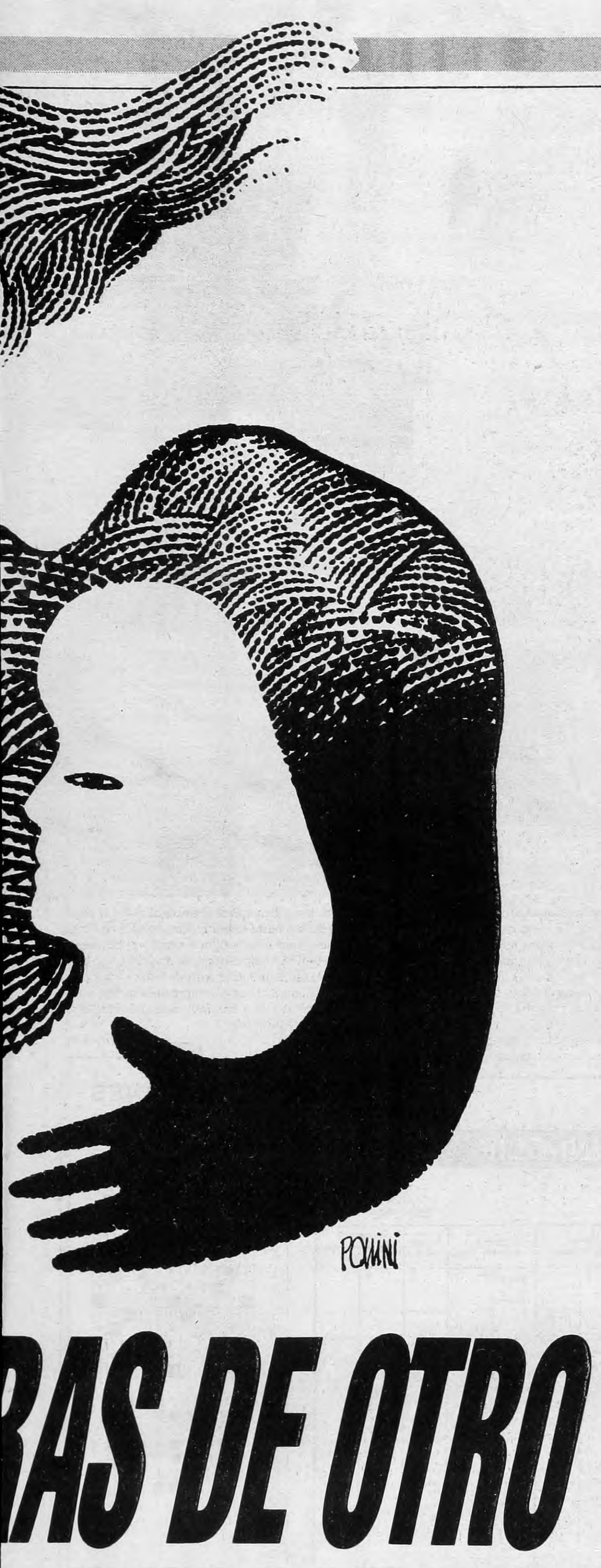
Yo ya me curé del tobillo pero no voy a gimnasia, ni pude terminar el libro de Kundera que me gustaba bastante, ni pienso volver a trabajar en lo que estaba haciendo con otra amiga, lo de la ropa. Hasta que Mauricio no me diga que hace falta la plata ni pienso hacerlo.

Pero los días pasan y ni Mariana ni Gustavo parecen tener nada que decir de los pasos que piensan dar, yo estuve a punto de hablar con Aída sobre Gustavo, aunque en el fondo no me animo a contárselo. Entonces hablamos de Mariana y de su hijo mayor.

—Conformate. Tu hija se fue a unas treinta cuadras. El mío... Unos años atrás me hubiera vuelto loca de alegría, imaginate, pero ahora no. ¿Y si Saddam Hussein vuelve a atacar? No se puede confiar en Estados Unidos. Los rusos, ¿qué les pasa? Vamos a vivir todos mal.

Eso dice Aída, y yo sigo engordando.

POLLINI



RAS DE OTRO

guntar directamente, a esta altura... ¿Te vas por culpa mía o de papá?

—No.

—¿Te vas mal con nosotros?

—No.

—¿Querés ser independiente?

Me puso una mano sobre los labios, muy suave.

—Ya sé lo que me vas a decir.

—¿Qué es lo que te voy a decir?

—Que acá tengo independencia y puedo hacer lo que quiero y todo eso.

—"Todo eso" es importante. ¿Cuántas de tus amigas pueden llevar el novio a dormir a la casa, y después desayunamos todos juntos?

—Todas no, pero varias sí.

—Varias, y vos sos una de ellas... hasta si me decís que querés tener un departamento chico para vos sola, te lo entiendo. ¡Muy bien lo entiendo!, porque yo nunca lo tuve. Cuando me fui de casa fue para casarme. Son otros tiempos, ya sé. Te lo admito si me decís quiero un departamento para que pueda estudiar, y pintar, y tener un lugar para revelar tus fotos y si me decís quiero hacer reuniones con amigas y estar con Pablo todo el tiempo solos, también lo entiendo.

—Pablo no tiene nada que ver en esto.

—Me gustaría saber qué opina Pablo, se debe sentir muy mal que digas algo así. Pero en fin, estamos hablando vos y yo, y no me digas que no podés dormir más bajo el mismo techo que tu padre y yo porque querés ser independiente.

A esa altura de la conversación creo que ella decidió romper los canales de comunicación porque no tenía más argumentos para defender su posición. Entonces agredió.

—¡No te burles!

—No, hijita, no me burlo.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

Así estuvimos dos horas, dando vueltas, sin llegar a nada, porque ella estaba muy decidida a seguir adelante y solamente gritaba.

Tampoco quiso entender el daño que le iba a hacer a Gustavo, el hermano que tanto quiere y al que ahora enceguecida le pasa por arriba sin siquiera medir cuánto puede llegar a perjudicarlo, porque está hecha una aplanadora defensora de la independencia de la mujer.

(A solas, cuando estoy muy sola, y últimamente estoy muy sola, y cuando estoy afuera de casa, no tolero estar en casa, cuando voy caminando por la calle, lo puedo pensar: tengo miedo de que Gustavo sea homosexual.

Sé lo que dirían todos: mi amiga Aída, Mauricio, Mariana también. ¿Qué motivos tenés para pensar algo así?, dirían. Pero por favor no se me tiren encima. Escuchen.

¿No estás yendo muy lejos, imaginando cosas? A ver a ver. No tiene una novia fija pero sale con chicas. Te consta. Vos misma conociste a una o dos.

Es cierto. Pero sólo reconoció que era noviecito de una de las dos. A la otra la presentó como a una amiga.

No es amanerado, al contrario. Gustavo es muy varonil.

Es cierto, pero ¿no es demasiado varonil?

En ese caso, puede ser que disimule. Y si disimula mostrándose demasiado varonil —yo sé que esto es terrible pero hay que ir hasta el fondo cuando se quiere enfrentar la verdad, porque no hay nada peor que vivir engañado— esas chicas con las que sale también pueden ser una manera de disimular. Puede tener una doble vida. No tengo pruebas ni pienso salir a buscarlas, pero algo me dice en el corazón, no que sea homosexual, pero de lo que tengo miedo es de que sea indefinido. Si Mariana se va de casa, y creo inevitable que se vaya de casa, ya no tengo más fuerza para sostener la batalla sin la ayuda de Mauricio, sola, no sé muy bien por qué pero tengo la impresión de que Gustavo al final va a inclinarse para el lado... equivocado. Por lo menos si Mauricio no quiere ver la realidad, necesito de la ayuda de Mariana.

Además, ahora que lo pienso mejor, hay una prueba. No estoy segura del todo pero creo que todavía se masturba. Nunca lo vi, pero una madre *sabe* si su hijo se masturba. El no tendría que hacerlo, y si lo hace es porque puede tener algún problema con las chicas.

Una vez Mauricio, me acuerdo, me dijo orgulloso que él dejó de masturbarse a los 14 años. En ese momento me pareció un alarde de su parte, una fanfarronada y hasta una barbaridad que un chico de quince años ya tuviera entendimiento sexual. Ahora me doy cuenta cuánto mejor es así. Mariana tiene que ayudarme a ayudar a su hermano.)

Y lo dejé deslizar casi al final de una conversación, no la de hace tres semanas, una que tuvimos un poco después caminando por la calle, hasta que entramos a tomar unas gaseosas en una confitería.

Ahora ya no sé por qué Mariana aceptaba tener tantas conversaciones conmigo si estaba tan decidida a todo, pero las aceptaba. Incluso me buscaba mucho esos días antes de irse. Lo dije con un tacto enorme, con delicadeza, hasta di vueltas como una oradora, pero ella se puso como loca, enseguida opinó que "estás diciendo un disparate, mamá, un dis-pa-ra-te. Ni se te ocurra decirle nada porque lo vas a matar".

Pero aunque ahora ella lo niegue, yo no dejé de escuchar —no estoy loca— que agregó: "Y si en último caso fuera gay..."

—Homosexual —hasta me acuerdo que la corregí.

—Bueno, gay se dice. Si fuera lo que fuera, qué tengo que ver yo. ¿Qué ganaría quedándome?

—¿Ves? A vos tampoco te parece descabellado.

—Por favor —le temblaba el vaso en la mano, de los nervios.

—Yo no digo que sea homosexual, Mariana. Digo que puede estar un poco indefinido.

—¿Indefinido? ¡Qué palabra de mierda!

—No importa la palabra, Mariana. Importa la realidad. Si te quedás podés ayudarlo.

Entonces ella me miró y yo me voy a acordar de la expresión de su cara para siempre.

—Mamá. Te estás volviendo loca.

Entonces pasó una semana y ella se fue, y pasaron como diez días o más y después fui a visitarla, y cuando vuelvo a casa Mauricio actúa como si todo estuviera igual, o más o menos bien, o como si todo diera lo mismo. Estamos solos, y desde que Mariana se fue, Gustavo casi nunca está en casa. Ni tengo que decir cuántas veces por día imagino la posibilidad de que Mariana haya hablado con su hermano. ¿A qué no sabés que piensa mamá de vos? Muchas veces Gustavo ni vuelve a dormir. Avisa, eso sí.

En lo que a mi respecta me doblé un tobillo haciendo gimnasia, me tuve que apoyar en Aída hasta llegar al vestuario, sentarme y ponerme hielo. Y ahora me doy cuenta de que me lo torcí a propósito, para tener una excusa, no hacer gimnasia y quedarme encerrada a engordar.

Me puse a llorar y Aída pensó que era por el dolor del tobillo hasta que me vio llorar mucho más fuerte y se dio cuenta que me pasaba algo por la cabeza, no en la pierna. Después sentí el impulso de hablarle pero no pude, en realidad porque ella empezó a vivir su propio problema con uno de sus hijos.

Aída es la amiga que me regaló el libro de Kundera, *La insoportable levedad del ser*, para mi último cumpleaños (chiste de Mauricio: desde ese día la llama Aída la insoportable). Bueno, ahora ella entró en una depresión profunda desde que el hijo mayor le anunció que para el próximo verano se va a vivir a Israel. El marido de Aída está orgulloso y ella se peleó también con el marido, sin que el hijo lo sepa.

Mauricio también está en medio de una depresión profunda pero ni siquiera se da cuenta. Sigue haciendo chistes frente al televisor como el de Aída la insoportable, esa clase de bromas que ni él mismo se festeja ya. El otro día me sorprendió levantando la cabeza del diario para decir:

—Hicimos el viaje a Miami cuando los chicos eran muy chicos. Tendríamos que haberlo hecho más adelante. Hace poco.

—¿Hubieran cambiado las cosas? —le pregunté, pero la verdad sin entender muy bien qué había querido decir, ni si pensaba de Gustavo lo mismo que yo llegué a pensar.

Miró un rato largo el techo y al final contestó "no sé". El tampoco entiende mucho se ve.

Otro día me dijo:

—Voy a ir a visitar el departamento de Mariana, sabés, pero cuando quiera yo, no cuando me invite ella. Un día llamo y le digo que voy.

Pero hasta ahora, salvo que lo haya hecho a escondidas, no fue.

Yo ya me curé del tobillo pero no voy a gimnasia, ni pude terminar el libro de Kundera que me gustaba bastante, ni pienso volver a trabajar en lo que estaba haciendo con otra amiga, lo de la ropa. Hasta que Mauricio no me diga que hace falta la plata ni pienso hacerlo.

Pero los días pasan y ni Mariana ni Gustavo parecen tener nada que decir de los pasos que piensan dar, yo estuve a punto de hablar con Aída sobre Gustavo, aunque en el fondo no me animo a contárselo. Entonces hablamos de Mariana y de su hijo mayor.

—Conformate. Tu hija se fue a unas treinta cuadras. El mío... Unos años atrás me hubiera vuelto loca de alegría, imaginate, pero ahora no. ¿Y si Saddam Hussein vuelve a atacar? No se puede confiar en Estados Unidos. Los rusos, ¿qué les pasa? Vamos a vivir todos mal.

Eso dice Aída, y yo sigo engordando.

LA PORTADORA

8. El semen del profesor

Folletín erótico de Pedro Lipcovich

Ya que Marta —la que, a diferencia de Viviana, tiene derecho a besar a Claudio— es estudiante, bien podemos verla por los ojos de uno de sus profesores. Justamente, ella se ha quedado después de la clase para hacerle unas preguntas. El profesor no suele acostarse con más de una de sus alumnas por cuatrimestre. No elige a una en especial, sino a las tres o cuatro que más puedan interesarle. Durante sus clases, de manera equitativa, les dedica algunas miradas más detenidas o intensas que lo habitual. Afortunadamente, suele decirse el profesor cuando por la mañana peina su pelo que empieza a encanecer, afortunadamente siempre alguna toma la iniciativa de acercarse después de una clase, como en este caso Marta.

Quizá no es la que él hubiera preferido, pero está bien; en el diálogo sus caderas no terminan de ubicarse buscando la mejor posición para seducirlo, a la vez que se arregla nerviosamente sus cabellos claritos. La conversación se dilata y los alumnos de la clase siguiente llegan al aula: no pueden seguir hablando ahora, dice el profesor, y él tiene que irse, pero tal vez la pueda acercar a algún lado con el auto; la pregunta de Marta lo está llevando a plantearse cuestiones nuevas.

Al profesor le gusta que las alumnas elegidas conozcan su auto, testimonio de que él no es mero profesor en la universidad de la mentira sino un hombre de éxito. Ya en el auto la conversación deriva hacia temas más personales. Marta, que ha visto el anillo en el anular del profesor, menciona a su novio: qué bien, el profesor prefiere las muchachas con novio, menos riesgo de que reclamen compromiso y el placer adicional de usarle la mujer a otro. Ella le está preguntando por sus hijos y él responde ampliamente, es bueno presentarse como buen padre en estos casos; no deja de nombrar a su esposa, en términos que convengan a una distancia de la que él prefiriera no hablar. El profesor mira su reloj: tal vez convenga resolver esto hoy mismo, evitarse el fastidio de otra cita. Pregunta a Marta si está apurada: no, ella no tiene ningún apuro. Porque, dice el profesor, ya se le ha hecho tarde para lo que tenía que hacer. El auto cambia su rumbo, van hacia parques, arboledas, el profesor se pregunta si vale la pena el esfuerzo de llevarla primero a una confitería, decide que sí, él prefiere hacer las cosas bien. Tan bien las hace que no tenemos tiempo de narrar la charla en la confitería ni el beso en el auto, ya los tenemos en un discreto hotel junto a los bosques. La lengua del hombre que en la clase habló para todos, para todas, ahora es sólo para Marta, y ella se la apropia con pasión que no le vimos con Claudio, a quien sólo recuerda en un instante despreciable. El profesor está tranquilo; ella debe sentir en él el aplomo de la experiencia, una por cuatrimestre, está bien, y ésta, ¿cómo se llama?, Marta, le agrada, aun su aire de apatía latente le da cierto atractivo, pero el profesor se sobresalta al recordar a aquella otra de hace dos cuatrimestres, maldita sea, estúpido él que no se dio cuenta antes, sólo después le vio las pequeñas cicatrices en los brazos, ¿qué es esto?, él le apretaba el brazo y ella ¿qué te importa? Soltame, los malditos pinchazos en el pliegue del codo, soltame, me hacés doler, las marcas cárdenas que la situaban en un mundo extraño y peligroso, por qué no me dijiste, ella lo miró con desprecio, ¿qué, sos mi papá?, la muchacha desnuda de rodillas en la cama burlándose de él, mostrándole los brazos, mirá papá, mirá ¿tenés miedito?

Marta se dio cuenta de que el profesor se alejaba de ella; seguro que pensaba en la esposa, ¿cómo será? El sexo del profesor ha caído, está muy chiquitito, Marta lo señala con suave burla y lo rodea con sus labios. El profesor no termina de despegarse de ese recuerdo que, reconoce, lo asusta un poco. Tal vez debiera cuidarse con las alumnas, al fin de cuentas son todas putas, se dice mientras aprecia los cabellos claritos de Marta desparramados sobre su vientre, pero no va a empezar a cuidarse a esta altura, y ésta no tiene marcas en los brazos, y tiene novio, eso está bien. Se inclina hacia Marta, la atrae hacia sí y entra en ella con movimientos fáciles, profundos, pero el profesor no puede escapar al recuerdo de la otra que se reía de él y entonces la golpeó, la cacheteó una vez, dos veces, me hacés doler hijo de puta, tres veces, ella trataba de arañarlo, el profesor le sujetaba los brazos, ella le escupía la cara y él la maldecía, la aferraba y le mordía el cuello, la chupaba, la marcaba, jadeantes los dos, le soltaba los brazos, sentía las uñas de ella en su espalda y ya sin importarle nada volvía, volvía a meterse en el agujero de la alumna, puta drogadicta le decía al oído, si papá, sí papito hasta terminar, empapados en sudor, hasta que sólo quedó el odio y el desprecio, y en silencio separarse para no verse más. Marta lo estrecha fuerte con sus brazos y sus piernas y, aunque como siempre nada sienta, siente la emoción de sentir, muy dentro de ella, el semen del profesor.

(Continuará.)

JUEGOS

CRUCIGRAMA

• Once por once

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
1						■					
2				■				■			
3											
4		■							■		
5			■				■				
6	■					■					■
7					■				■		
8		■		■						■	
9											
10				■				■			
11						■					

AYUDAS: AROCA, AYALA, ENA

HORIZONTALES

1. Lapsos reducidos./ Cantidad de dinero que abona cada uno de los miembros de una asociación.
2. Antílope negro, sasín./ Expuso al fuego./ Local donde se venden bebidas que suelen tomarse de pie, ante el mostrador.
3. Conductor de taxímetro.
4. Engañada, víctima de una ilusión.
5. Rubidio./ Interpreto lo escrito./ Representación geográfica.
6. Concejal./ Cigarrillo.
7. Funde metales./ Río de Suiza, afluente del Rin./ Especie de violoncello siamés.
8. Cacerolas.
9. Apariencia, aspecto.
10. Mango./ Nombre inglés del OVNI./ Abreviatura de religión.
11. Planos, lisos./ Esposa del hijo.

MINI-CLIP

Anote las palabras siguiendo las flechas.

Locución latina: textual / Punto cardinal / Gran pobreza / Remé hacia atrás / Tramar, maquinar algo / Prefijo: vida / Personaje que representa un actor / Intentar / Teta de los mamíferos / De la unidad / Se atrevía / Car comer / Fraude, engaño / Prefijo: anterior / Voz de la gallina / Acudía / Extremo de la entena / De la pintura (fem.) / Que tiene sus partes separadas (fem.) / (Mirza Ali) Reformador persa / Expedirá la orina

AYUDAS: Bab, Inopia

VERTICALES

1. Regañar./ Hacer madeja.
2. Medida antigua de longitud./ Belio, en la nomenclatura internacional./ Pronombre demostrativo (fem.).
3. Automóvil de alquiler./ En la parte posterior.
4. (Arturo U.) Presidente argentino.
5. Profeta y último juez de Israel./ Latinazgo por obra.
6. Masa nerviosa contenida en el cráneo./ Primera letra del alfabeto hebreo.
7. Profundidad a la que navega un submarino./ Especie de halcón, ave de rapiña.
8. (Jean-Paul) Revolucionario francés, redactor de "El amigo del pueblo".
9. Muy gordas./ Tratamiento de soberano.
10. Pandero árabe./ Preposición inseparable./ Percibir con la vista.
11. Lienzo típico de Portugal./ Arbol de las Molucas utilizado como tónico.

SOLUCIONES

SOLUCION 3625

R	A	T	O	S	■	C	U	O	T	A
E	N	A	■	A	S	O	■	B	A	R
T	A	X	I	M	E	T	R	E	R	O
A	■	I	L	U	S	A	■	S	■	C
R	B	■	L	E	O	■	M	A	P	A
■	E	D	I	L	■	F	A	S	O	■
A	L	E	A	■	A	A	R	■	S	A
S	■	T	■	O	L	L	A	S	■	Y
P	E	R	S	P	E	C	T	I	V	A
A	S	A	■	U	F	O	■	R	E	L
R	A	S	O	S	■	N	U	E	R	A

S I C ■ ■ U B R E
U N I T A R I O ■
R O E R ■ D O L O
■ P ■ A ■ I ■ ■ S
P I C T O R I C A
R A L A ■ ■ B A B
E ■ O R I N A R A